

La memoria y el olvido en la Democracia del Bicentenario

Griselda Tessio

La Nación Argentina celebra sus primeros 200 años de vida libre de todo otro poder superior, ante el concierto de las Naciones del mundo. Una gesta por momentos brillante y arrojada, y por otros llena de sombras, traiciones y desencuentros.

Son 200 años plenos de avances y contradicciones, con actores que fueron convertidos en invisibles por la historia oficial, aquellos protagonistas colectivos que aún esperan ser reconocidos y traídos a la luz.

Puede afirmarse que, el parteaguas de la historia social, el punto de inflexión de la reflexión sobre la Argentina, fue poder llegar a pensar que, en determinados momentos, el Estado, esa creación de la Modernidad que ejerce el monopolio de la violencia legítima, llega a convertirse en un Estado criminal, cuando rompe todas las reglas, convenciones y convicciones aceptadas por las sociedades civilizadas del mundo.

Allí se quebraron los valores que cohesionaban una sociedad moderna y un Estado Nacional, conculcando los Derechos Humanos, construidos durante los últimos 200 años.

Hace 2500 años Sófocles describía en la tragedia de Antígona el enfrentamiento de la ley arbitraria y la fuerza del espíritu. Aquella triunfa pero cede ante el mandato moral (...) “ya que no es posible respetar la ley del impío y del soberbio que ha violado las leyes más sagradas que habitaban el corazón del hombre”.

No fue fácil para los argentinos salir de la Noche y Niebla de la Dictadura más atroz que conoció la historia del país.

Haber vivido la angustia de la desaparición y muerte de familiares, amigos y compañeros, y del terror que paralizaba un país entero. Un clima impensable para las generaciones que nacieron con la Democracia.

Desde mediados de 1974 comienza a desatarse la furia y la ignominia de las organizaciones paramilitares que patrullaban las ciudades buscando la muerte. No obstante, y con riesgos que se pagaban con la vida, aún se intentaba trabajar defendiendo detenidos, averiguando paraderos, acompañando angustias.

Luego sobrevino el infierno.

Desapareció la vida pública de una sociedad que fue un páramo para los disidentes y un enorme campo de exterminio para los rebeldes.

Allí los argentinos descubrimos la perversa metodología de la desaparición de personas, los secuestros, los tormentos, los campos clandestinos y los vuelos de la muerte.

También supimos de torturas y vejámenes indescritibles y del robo de niños como botín de guerra.

Las Madres clamaron por sus vidas y luego, por sus restos; las Abuelas aún buscan a sus nietos secuestrados bajo falsas identidades, y hoy, unidos luchamos por la justicia, por el conocimiento de la verdad y el resguardo de la memoria.

En los finales de la dictadura, empezaron a aparecer algunos signos de pensamiento libre. Se publicaban libros y artículos en donde cada palabra, cada idea era sopesada y muchas veces censurada. Algunos empezaron a reunirse y a hablar de política con miedos y riesgos.

Y a pesar de la guerra suicida que terminó asesinando a más jóvenes argentinos, llegó el consenso de la salida electoral y el triunfo de un hombre y de un partido que legitimaban su fuerza en el Preámbulo de la Constitución Nacional. Ese día fue la risa recuperada, el desconcierto de la libertad recién nacida, la pena infinita por los que ya no estaban, el juramento de buscar la verdad, los rastros, los cuerpos, la memoria de los muertos, el encuentro con la esperanza.

Ese día fue la fiesta de todos, de todos los que habían elegido democracia y no el autoritarismo, la palabra de la ley y no el tiro de gracia, la arena de la política y no el secuestro y la tortura.

Hay un tiempo breve pero luminoso en donde los argentinos aprendimos los significados de algunas palabras que teníamos olvidadas. Con viejos sonidos y descubiertos sentidos.

Recordar aquellos días de abrazos recién nacidos entibia el alma y da esperanzas para el futuro.

Por primera vez se entendió, a partir de 1983, lo que significaban las palabras Genocidio y Delitos de Lesa Humanidad, y por primera vez y ante el asombro de las naciones del mundo, la Democracia recién nacida tuvo el valor de juzgar a los dueños del terror. Por primera vez en la historia política argentina se empieza a hablar de la responsabilidad penal y moral de los crímenes cometidos por el Estado.

Pero es importante recordar que no fue fácil reconstruir los lazos en la sociedad posdictatorial. Con un país que había conocido dictaduras por más de medio siglo, con violaciones masivas a los derechos humanos, el pensamiento autoritario y la anomia colectiva sobrevolaban sobre las relaciones sociales.

Se trataba entonces de reforzar la valoración social sobre los Derechos Humanos, el respeto al Estado de Derecho y la tolerancia ideológica.

El camino fue largo y tortuoso. Era necesario escuchar a una sociedad desgarrada y sobreviviente, era necesario reconstruir lo ocurrido y esa fue la tarea de la CONADEP, como fue luego imperativo realizar el juicio a las Juntas de Comandantes (conocido como Causa 13), juzgado por las Cámaras Federales de la Capital Federal, parteaguas de la historia Judicial de la Nación. Asimismo, se destacan las ejemplares condenas por los juicios realizados en la Provincia de Santa Fe, como fueron las causas: “Brusa” y “Barcos” (Santa Fe) y “Guerrieri” (Rosario).

Estos son los hechos y procesos documentados. La Hermenéutica correrá por cuenta de historiados y sociólogos, y de los actores políticos, no cabe duda.

Pero la pregunta que se impone es: ¿cómo enfrentar al mal absoluto, o lo que Kant llamaba “el mal radical”? ¿Cómo responder ante la barbarie que atormentaba a Adorno, Walter Benjamin y Hannah Arendt, entre otros pensadores?

Son ofensas tan brutales a la dignidad y a la condición humana que el sentido moral resulta desgarrado ante una realidad que muestra lo imposible de mirar. Para describir este infierno tan temido no alcanzan las palabras de ninguna lengua.

Este año celebramos los 200 años de ese algo inasible, difuso, lejano pero íntimo, de lo que los hombres y las mujeres insistimos en llamar "Patria": ese padre que cobija, esa paternidad que nos agobia por momentos, ese patrimonio que es nuestro.

Es época de repensar esa patria que es de nadie y es de todos. Es hora de reflexionar la Nación que pudimos ser y el dolor de no haberla sido.

Es momento de interpelar las injusticias cometidas, y los derechos que aún nos faltan.

Es, sobre todo, una buena oportunidad para enseñar en las escuelas el relato crítico del poder y los poderosos, las luchas de los olvidados, de los humillados y los ofendidos.

En estos 200 años, con sus luces y sus sombras, es hora de recuperar las Utopías.